



5

# Conferencia y Discurso

PRONUNCIADOS

EL DIA DE LA CELEBRACION DEL PRIMER ANIVERSARIO

DE LA

LIGA DE LIBREPENSADORES



**QUITO**

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios

1906



# EL LIBRE EXAMEN

---

La libertad ha sido el principal anhelo del hombre, desde el momento en que comprendió que otro hombre le impedía ejercer sus derechos. Derecho es la facultad que todo hombre tiene de buscar y poseer la dicha, y libertad es el simple ejercicio del derecho. El derecho de ser feliz es de tal manera inherente al hombre, que no es posible exista hombre sin él: quien intenta quitarle tal derecho, maquina contra la vida ajena, y, por consiguiente, comete el más grande de los crímenes. Derecho tiene el hombre de ver; de oír; de amar; de odiar; de aceptar, de rechazar, todo según su gusto, pero todo en la periferia de lo lícito; ¿y por qué no ha de tener el de creer, de dudar, de negar lo que cae bajo de su alcance, en conformidad con su criterio, el cual debe ser formado con lo bebido en sabios manantiales? Una clase de hombres, aprovechándose de la sencillez de los demás, ó de su pereza,

ó de su bondad, ó de su ignorancia, inventó cuanto le plugo inventar, quiso vender por ciertas sus leyendas, y con tal objeto tomó el nombre del Altísimo. Las otras clases debían creerles, porque, en caso contrario, "Dios está con el rayo en la diestra, decían los impostores, pronto á exterminar á los que no tuvieren fe." ¡La fe no es, pues, un dogal, á cuya compresión no puede ni respirar la humanidad? Con este instrumento en manos de una clase, las otras clases han permanecido esclavas de ella, oprimidas, sin voluntad propia, sin derechos. Han sido capaces de sacrificarse, y se han sacrificado varias veces, en la persuasión de que la clase privilegiada ha sido la personera de Dios. ¡Qué de absurdos no han sido vendidos por verdades, y la pobre humanidad los ha comprado á precio de oro, de dignidad, de honra, de virtudes! Vino la protesta . . . . . Algunos genios tuvieron facilidad de educarse, se inventó la imprenta y se iluminó el mundo. Ahora ya es lícito averiguar, experimentar, convencerse. En esto consiste EL LIBRE EXAMEN. ¡Demos la enhorabuena á los ecuatorianos, porque, con el advenimiento del partido liberal al Poder, vino la facultad de no creer á ciegas la mentira, de creer solamente lo que se pueda comprobar!



# CONFERENCIA

DADA EN LA

## LIGA ECUATORIANA DE LIBREPENSADORES

el 29 de Abril de 1906

POR EL DR. DN.

FRANCISCO ANDRADE MARIN



SEÑORES:

Entre las naciones de Europa y América, que representan al mundo civilizado, apenas se encuentra hoy, alguna que no esté sometida francamente, al régimen de las instituciones liberales; y como es evidente que esas naciones vienen alcanzando un progreso extraordinario, en todas las esferas del saber y del bienestar humano, deduzco que la aplicación práctica de las doctrinas liberales es la que ha creado y promovido este progreso. Tal es mi convicción íntima. Así, la honradez política es la que me ha obligado á aceptar la invitación que se me ha hecho, para dar la presente conferencia, mas nó la pre-

tensión vana de que mis modestos conocimientos fuesen capaces de aumentar luz á la mente de mis ilustrados conciudadanos. Espero, por tanto, que se me oirá con la debida indulgencia.

Me propongo poner de manifiesto el progreso de la humanidad en los siglos 18 y 19, y la causa que lo ha producido.

## I

Cualquiera persona sensata, por poco habituada que esté al espíritu de investigación, se habrá preguntado, frecuentemente, por qué razón la familia humana, durante seis mil años, y quizá mucho más todavía, ha permanecido cuasi estacionaria, mientras que sólo dos siglos han bastado, últimamente, para la realización de todo género de estupendos progresos. No debo responder lisamente á esta pregunta, sino que más bien será conveniente examinar hechos.

Las autocracias más absolutas, esas que se han llamado confidentes de Dios ó de los dioses, son las que, en todo tiempo, han subyugado el mundo, el cual ha sido tanto más dominado cuanto mayor ha sido la ignorancia de los pueblos. Sobre este punto, la historia de los egipcios, de los asirios, babilonios, caldeos y persas, no difiere de la de los hebreos. Matanzas en masa, torturas, depredaciones, exterminio de pueblos enteros, sin respetar niños, mujeres ni ancianos, destrucciones de lo animado y lo inanimado, por sólo la voluntad de un Ozar, de un Rey, de un Shaa, de un Sultán, de un Pachá ó de un Lama, es lo que se nos refiere como un natural sistema de administración pública. Pero ni los griegos y romanos,

que, por un cierto grado de cultura, han formado la excepción de la humanidad, han estado exentos de semejante abominación. También entre ellos, han abundado los Hippias y los Hiparcos, los Oratias y los Dionisios, los Marios y los Silas, los Neronos y los Dioclesianos. Las tiranías más monstruosas y brutales se han sucedido unas á otras, sin que se le reconozca al hombre, sino, por excepción, uno que otro de sus legítimos derechos.

El cristianismo, no cabe duda, vino en auxilio de esas desconocidas libertades, y atemperó, hasta cierto punto, en su luminoso origen, las crueldades y los despotismos de la autoridad. Pero bien sea á causa de la voráGINE permanente de la irrupción de los bárbaros en los primeros siglos, ó de otros motivos menos perceptibles, el estancamiento del progreso fue casi absoluto hasta el siglo undécimo. Por ese tiempo, los filósofos árabes Avicena y Averroes introdujeron en Europa el gusto por la hasta entonces desconocida filosofía de Aristóteles; y de allí resultó una amalgama de la ciencia dogmática cristiana y de la escolástica pagana. Se estableció, de esta manera, un círculo estrechísimo para los conocimientos humanos. Me parece ver en ello, los hemisferios de Magdeburgo: el uno, el de la Teología, y el otro, el de la Filosofía peripatética. Cerradas herméticamente estas dos tapas de hierro, se formó el vacío en su interior; y desde esta fecha, no hubo ya potencia humana capaz de introducir aire ni luz en su recinto. El que se atrevía á querer innovar esta obra, era un blasfemo á los ojos de toda autoridad. Ahí están las cárceles del monje inglés Rogerio Bacon, torturado, repetidas



veces, por más de 12 años, por el delito de haber interrogado á la naturaleza, para que le descubriera algunos de sus secretos. Lo que pasó en el siglo 13 fue agravándose en los siguientes, hasta el 16, en que, por fin, los hombres habían logrado hacer entrar un tantillo de aire en la susodicha esfera.

La familia humana nunca será suficientemente agradecida á los esfuerzos supremos de esos hombres admirables llamados Bacon de Berulán, Boyle, Descartes, Gasendo, Locke, Galileo y Torricelli, quienes, sobreponiéndose á las preocupaciones de su tiempo, sostenidas con manos de hierro y de fuego, lograron desacreditar al limitado sistema de educación escolástica de entonces, estableciendo, con la evidencia de los hechos, la necesidad de abrir el libro de la naturaleza, y de llamar, para su examen, á la razón y la experiencia.

Si la filosofía de los antiguos desviaba su vista de los objetos terrenales, como dice Figuier, para fijarse sólo en las cosas ideales y en las contemplaciones abstractas; si á esos filósofos les sobraron razonamientos, lucubraciones y sofisterías, les faltó por completo, el método experimental moderno, que sólo data desde el siglo 17. La filosofía escolástica, tan envanecida de sus explicaciones acerca de lo divino, no daba un paso en el campo de las ciencias humanas. Sobre el peripatetismo aristotélico asomó la gerigonza de Raimundo Lulio, y sobre ésta y las anteriores, la doctrina de que la única ciencia verdadera se encontraba en la Teología, ó sea en la Biblia, y de que por tanto, todas las demás ciencias tenían que estar subordinadas á la teológica.

Discutiéndose ampliamente en las escuelas, acerca de la naturaleza y esencia de la Trinidad, del pecado original, de la Encarnación, del libre albedrío, de la gracia y de la predestinación, el hombre se había olvidado, en lo absoluto, del estudio de la naturaleza; y así, poniéndose de espaldas para la única vía del progreso, no la había tapado y ocultado voluntariamente.

Si ni Aristóteles, ni Moisés, ni San Pablo no habían propuesto enseñar á los demás, ya que ni ellos mismos lo sabían, la manera de hacer y manejar telescopios de refracción y de reflexión; microscopios simples y compuestos; barómetros y termómetros de admirable precisión; locomotoras Steffenson ni buques de vapor, ni fotografías, ni telégrafos, ni teléfonos, ni fonógrafos, etc., etc.; si por medio de las doctrinas de Aristóteles, no había modo de dar con las máquinas de hilar, de tejer y de sembrar, cultivar y cosechar, ni con las de coser y de escribir; no sigue que era de todo punto imposible llegar con esa educación defectuosa, á columbrar siquiera las altas regiones de la física experimental y de la química, de la geología, astronomía, y de cien otras ciencias naturales que, de poco tiempo á esta parte, hacen las delicias del género humano.

En efecto, la agricultura y la minería en su más lata extensión, la medicina, la higiene, las industrias en general, la geología, la astronomía y muy especialmente el comercio universal, han tomado tanto vuelo, han adquirido tanto incremento práctico en los últimos cien años, que el hombre más fecundo en imaginación no sabría explicar cómo podrá alcanzarse en adelante, un progreso mayor.

Mediante el uso de la luz de la razón, auxiliada de la reflexión y pertinaz investigación de los fenómenos de la naturaleza, por experiencias constantes y repetidas, la naturaleza sorprendida en sus secretos admirables, háse visto constreñida á constituirse en esclava del hombre, á quien le viene suministrando una serie indefinida de servicios, para satisfacción de necesidades y goces.

Si en cantidades casi infinitas, la materia, por medio de ciertas reacciones químicas, se ha convertido no sólo en fuerza impulsiva y propulsora, adaptable á cien máquinas diversas, sino también en luz y calor, capaces de ser divididas, conducidas y situadas, haciendo caso omiso del tiempo y del lugar, es evidente que la naturaleza está dominada y subyugada, sin número, peso ni medida, en servicio del género humano.

¿Y quiénes son estos hombres admirables que han logrado alcanzar un resultado tan completo como satisfactorio? Deseo que se me permita ser prolijo sobre este asunto, por creerlo de muy alta importancia, para el objeto de esta conferencia.

De todos los descubrimientos de que, actualmente, está en posesión el hombre, con aplicaciones fructuosas y eminentemente prácticas en grande escala, ninguno tiene excelencias comparables con el de haber convertido ciertos cuerpos en fuerzas motoras. Tales son las máquinas de vapor y de electricidad. Y ¿quiénes son esos sabios creadores de tan maravillosos descubrimientos? Veámoslo.

El invento de la máquina de vapor se debe al francés Dionisio Papín, á los ingleses Tomás

Newcomen, Tomás Savary y Jacobo Watt, Jorge y Rodolfo Steffenson, y á los americanos Oliverio Evans y Roberto Fultón. Todos estos que, respectivamente, trabajaron al fin del siglo 17 y en el 18, fueron protestantes.

A su vez, el maravilloso invento del empleo de la electricidad y el magnetismo, como materias productoras de fuerza calor y luz, se debe al holandés Pedro Van Mnschenbuek, por su botella de Leyden, al inglés Guillermo Gilbert, al alemán Otto de Guericke, á Hauksbée, á Grey y Wehter y Ramsden, á la famosa pila de Alejandro Volta italiano, á los ingleses Humphny Davy, Daniell y Grove, al alemán Christian Bunsen, al célebre dinamarqués, J. Christian Oerted, á Morse, á Franklín á Cyrus Field y, por fin, á los incomparables Edisson y Marconi, que á la presente, llenan el mundo con sus glorias. De estos 18 sabios de primer orden, á quienes se debe el descubrimiento de las electricidades estática y dinámica, y el de la electro-magnética con sus múltiples y crecientes aplicaciones prácticas á la física y á la química; de estos, digo, quizá no hay más de dos que no pertenezcan al protestantismo.

Esto mismo se observa respecto de los demás descubrimientos que no están incluidos en los precedentes. En efecto, el grabado en hueco y en relieve, al buril y al agua fuerte, sobre láminas de cobre y acero, se debe á los italianos Maso Finiguerra y Marco Antonio Raimondi, al alemán Alberto Durer y al inglés Wenceslao de Olmüst. La litografía es creación propia del alemán Luis Senefelder. El papel de longitud indefinida es obra de Luis Robert. Los relojes datan de los descubrimientos de Ga-

lileo, de los de Huygens, de Habrech, de Steinhúl y de Mayerhofes, inventores, respectivamente, de los relojes de péndulo, de muelle, de bolsillo, eléctricos y neumáticos. El cristal, una de las más finas variedades del vidrio, es invención moderna inglesa. Para la loza fina tenemos á Bernardo de Palissy, y para la porcelana procedente del kaolín, al famoso químico Botticher. En materia de anteojos, y sus ramificaciones, aparecen Juan Lippershey, Gregory, Herschell, Joucault Raspail, Jansen y Dollond. Para el barómetro, Galileo, Torricelli, Pascal, Hocke, Fortín y Vidi son conocidos como inventores y perfeccionadores de tan precioso instrumento. Drebbel, Newton, Amostons, Farherenheil, Reaunur y Leislie son los creadores del termómetro. La galvanoptastia es obra del ruso Jacobi, y del inglés Elkington; y el alumbrado de gas, lo inventaron y perfeccionaron Lebon, Murdoch y Winsor, como si dijéramos un francés, un inglés y un alemán. Por fin, la fotografía se debe, principalmente, á los franceses, Niepce y Daguerre y al inglés Jox Talbort.

De esta larga enumeración, algún tanto fatigosa, resulta: 1.º que todos los descubrimientos modernos son hijos, en 1.º término, de ingleses, alemanes y holandeses, y en 2.º término, de franceses, y por excepción, de algún holandés ó ruso, sin que en esta magna obra, aparezca para nada, ningún español. En España, pudo haber gigantes, pero gigantes chiquiticos, y esto, en materia de literatura, teología, metafísica ó cosa por el estilo. Resulta, 2.º., que casi todos los grandes inventores en esos ramos de física experimental y de química, son protestan-

tos. Resulta 3º., que la gran era de los descubrimientos modernos y del progreso consiguiente, coincide con la más grande exactitud, con el año de 1689 en que la protestante Inglaterra proclamó los derechos del hombre, por medio de su Magna Carta expedida por Guillermo de Orange, derechos en virtud de los cuales le fue potestativo al ciudadano inglés, pensar, decir y obrar sin censura previa, en todos los ramos del saber humano.

Mas, no se crea, por lo que precede, que yo tenga en mientes hacer una apología del protestantismo. No Señores; porque á mí no me hace ninguna gracia la eterna discusión de católicos y protestantes sobre gracia *gratis data*, ni sobre *libero arbitrio* ni sobre *prævisa* ó *ante prævisa merita*. Lo que únicamente, hace á mi propósito es que, con ocasión de las abstrusas discusiones teológicas del siglo 16, se abrieron ampliamente las puertas para que el hombre pudiese examinar é interrogar á la naturaleza, por medio de la razón y la experiencia, cosas menos delicadas que las teológicas de mera especulación. La libertad de acción fue consecuencia de la libertad de examen; y ésta es la que vino á abrir nuevos horizontes á la humanidad.

Pero ¿no diremos que, antes de que apareciera esa libertad religiosa iniciada en el siglo 16, hubo libertad suficiente para que en materias profanas, pudiese el hombre alcanzar cualesquiera progresos? No quiero contestar, sino exponer hechos.

Recórrase prolijamente la nómina de los descubrimientos realizados antes del siglo 15, y se verá con dolor, que ellos se reducen al in-

vento chino de la brújula y al de la pólvora de Bacon ó Schuuartz. Prescindiendo de estos rudimentarios inventos, en el mundo de entonces, no se ven más que alquimias, kábalas, magias, sortilegios, quiromancias, y otras adivinaciones, astrologías judiciarias, hechicerías, mitologías y libros de caballerías.

Por donde se ve, claramente, que el libre ejercicio de las facultades, ó en otros términos, la libertad del pensamiento es la creadora del progreso humano.

Intencionalmente he reservado lugar especial para hacer memoria del mayor de los descubrimientos humanos, por lo trascendental de sus fructuosas consecuencias. La imprenta, creación admirable de los alemanes Guttemberg y Shoeffler, la imprenta que, una vez conocida, se muestra tan obvia para el entendimiento, como sencilla en su mecanismo originario, es la que ha operado, con eficacia inesperada, una revolución extraordinaria en todos los horizontes de las ciencias, y ha descubierto otras muchas de aplicación eminentemente práctica, con las cuales vienen civilizándose y enriqueciéndose pueblos y naciones, por todos los ámbitos de la tierra. Mas, ha de tenerse presente, en vista de las lecciones elocuentes de la historia, que la imprenta, mientras permaneció esclava de la voluntad autoritaria del trono y del altar, fué absolutamente estéril, como puede observarlo cualquiera, por lo que aconteció desde mediados del siglo 15, en todo el siglo 16 y en parte del 17. Cuando la imprenta llegó á hermanarse con el libre pensamiento y su libre manifestación, lo cual fué aconteciendo, por grados, desde fines del siglo 17, comenzó, ella

entonces, á producir el efecto saludable de infiltrar las ciencias y las artes en la mente y el corazón de las masas populares. Estas quedaron, desde luego, saturadas en un noble espíritu de progreso, que dió plena confianza al individuo en sus propias fuerzas. Los pueblos vieron, por este medio, cada día, en disposiciones intelectuales gradualmente mejores, para adquirir nuevos conocimientos, y para creerse, sobre todo, con perfecto derecho á ser ellos mismos los investigadores y los creadores de nuevas ciencias.

A mediados del siglo pasado, los periódicos que se publicaban en el globo eran 3.176, según se ve en una estadística reproducida por Aimé Martin en su obra acerca de la educación de las madres de familia. Con ellos, dice, había material para cien millones de lectores. Las últimas estadísticas del presente siglo estiman en algo más de 50.000 dichos periódicos, y de cada uno de ellos se saca un número notablemente mayor de ejemplares de los que se obtenían en 1850, merced al perfeccionamiento moderno de las grandes máquinas á vapor. Siguiendo la correspondiente proporción, resulta que, actualmente, los periódicos, sin contar con la enorme profusión de libros, dan material para más de mil seiscientos millones de lectores, á lectura diaria y permanente; lo cual significa que, bien distribuidos los productos de la imprenta, á la humanidad entera se le alcanza á dar el pan espiritual cotidiano de unans-trucción universal, fácilmente asimilable. De esa distribución están encargados el vapor y la electricidad, que, por medio de infinitas vías terrestres y marítimas, salvando obstáculos y



neutralizando el tiempo y la distancia, alimentan á pobres y ricos, á grandes y pequeños con este pan de vida y regeneración de la familia humana.

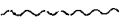
Al que nos dijere que ese pan es venenoso ó indigesto y mal sano, tendríamos, que contestarle que, realmente, para los poderosos de la tierra, esa sustancia ha venido á serles casi mortal; pero los pueblos, en cambio, aparecen rejuvenecidos y fuertes y ricos y dueños de sus legítimos derechos, sólo en virtud de los saludables beneficios de la instrucción libre universal, proporcionada y mantenida por la imprenta.

En el estado actual, más fácilmente podría comprender el entendimiento una instantánea paralización de todas las locomotoras del globo por una fuerza extraña que anule el movimiento de ellas, antes que la perturbación y aniquilamiento de ese mundo de elementos de ciencia, de riqueza y de progreso que las imprentas han producido en los siglos 18 y 19, y que producirán aun más todavía, en el siglo XX.

Visto el atraso casi absoluto de los tiempos anteriores á la era vulgar, no parecerá extraño que, en sentido figurado, ó en algún otro, sabido por los teólogos, se haya dicho, por ejemplo, que Jesué hizo parar el sol y la luna, un día entero, sobre Gabaón y Aialón, por la necesidad, urgente sin duda, de acabar á pedradas y á cuchillo, con los amorreos. Lo extraño y muy doloroso es que, en sentido literal, haya estado parada la tierra, no un día ni un año, sino diez y seis siglos enteros, á pesar de una religión nada propia para entorpecer el mundo. Mas, no convendrá increpar á los hombres sino que, á imitación de los moderados y dis-

erros, deberemos más bien atribuir esos errores á la ignorancia de aquellos tiempos en que el hombre debía pagar un tributo previo á la consecución del progreso últimamente alcanzado, progreso que, hoy, ninguna potencia humana sería capaz de arrebatárselo á los pueblos.

Sigamos, pues, al hilo, con entera confianza, por esa incontenible corriente de civilización regeneradora, por esa imponente, noble y vigorosa marcha triunfal de todos los pueblos de la tierra. Larousse ha dicho que la historia del libre pensamiento es la historia misma de la humanidad; que, por el libre pensamiento y con su auxilio, se han realizado todos los progresos en las ciencias y en la civilización; y que todos los inventores y todos los grandes genios que han dado impulso á los pueblos, han sido librepensadores. Debemos, pues, felicitarnos mutuamente, de que también la República del Ecuador se encuentre en aptitud indeclinable de seguir por la vía única que está engrandeciendo á las demás naciones. Pero, no debemos pagarnos de palabras más ó menos poéticas y sensacionales. No, señores: lo que se requiere es que el Gobierno y los particulares trabajen prácticamente en el desarrollo de los verdaderos elementos de progreso, adaptándolos á las necesidades de nuestra incipiente cultura; lo cual bien podrá ser materia de una nueva conferencia, para que la actual no se vuelva demasiado fatigosa.



# DISCURSO

pronunciado por el Sr. Belisario Quevedo

SEÑORES:

Los cortos momentos que vuestra benevolencia me va á prestar atención, no emplearé en hacer presente la falta de méritos que me acompaña, y me vuelve indigno de ocupar esta honrosa plataforma; nada diré de la pobreza con que no puedo menos de revestir mis humildes conceptos; nada, de mi insuficiencia; ya que, tan luego como supisteis que había yo, en cumplimiento á lo dispuesto por el Directorio, de dirigiros la palabra, habéis debido, en uso de vuestra bondad, anticiparos en disculpar mi modesto desempeño en este grandioso concurso, hijo de la fe, la esperanza y el amor.

Mas ¿de qué fe, de qué esperanza y amor os hablo, como que han inspirado este concilio de las almas libres? ¿Señalo acaso el indolente reposo del entendimiento en el absurdo *infra-racional*, la esperanza en las ilusiones sobrena-

lurales y la caridad estéril para con una divinidad incomprendible.

No señores: la fe en el Ideal, la confianza en los esfuerzos colectivos por alcanzarle y el amor á la humanidad, al hombre en toda su grandeza, en todo su poder, en toda su excelsitud, han señalado esta hora solemne para congregar nuestras mentes y voluntades en la comunión de una misma idea y un solo deseo.

Fenómenos solemnes ofrece la contemporánea vida de la humanidad al espíritu que penetra en la complejidad del universo hasta sentir las palpitaciones del foco de la vida misma: se oscurecen los cielos y se ilumina la tierra; se derrumban las religiones y las ciencias se hierren vigorosas; mueren los dioses y los ideales humanos se vivifican; se desvanece en las almas, nacidas al calor de generaciones creyentes, la fe acerca de la presencia divina en el Mundo; se desquicia, de consiguiente, el edificio del orden moral, al mismo tiempo que se descubre un corto número de notas del orden de la naturaleza; corto y, sin embargo, consolador para las almas ansiosas de replegarse á los retretes de la verdad.

Sí, señores: Los dioses mueren y los ideales no vivifican. La humanidad fatigada de vagar sobre la tierra con la vista en ese cielo que eternamente no ofrece á las interrogaciones de ella, sino espacios que se pierden en lo infinito, indefinidas neblinas que se evaporan, y oscuridad cada vez más grande, mientras más alta; impaciente ya en presencia del insultante silencio de los cielos que no responden siquiera con un eco de amor á las gigantescas voces de su oración formidable, ha bajado la vista á la tie-

rra, á esa tierra tan envilecida, tan despreciada por los mismos seres á quienes diera la existencia, y ha encontrado el germen de la vida en el miserable guijarro que huella con sus pies en el polvo vil que molesta sus ojos, el secreto de la dicha; en el grano de trigo que le nutre ha descubierto, en embrión, la fuerza de la idea y la audacia del pensamiento; en el choque ciego de los cuerpos, el principio de la vida social y el de la comunión más pura de las almas en el más cristalizado amor. El espíritu humano cansado de esperar las melodías celestiales que en millares de siglos no ha causado sino privaciones aquí y desengaños más allá, recoge ahora, con respetuoso oído, los viejos ecos del relato de los destinos humanos, y delotrea los fragmentos del lenguaje de la naturaleza, esparcidos en los mundos siderales, en las celosas entrañas de la tierra y en los mudos rasgos trazados en la estructura de los seres vivientes; pasa la vista por esas líneas inconmensurables, atestadas de misterios y de extraños geroglíficos estampados por el alma universal en sus primeras edades; en la ley de la evolución pasada, busca el sentido del progreso por venir; á la historia escrita al soplo de lo divino, sustituye la historia revelada por los negros y calcinados fóciles, y en vez de elevarse en alas del éxtasis ó de replegarse sobre sí mismo, se expande sobre las cosas, rompe el corazón del mundo, y á través de pacientes observaciones explica lentamente, pero de modo incommovible, el génesis así del zoófito como del genio, así de la fuerza muscular como de la conciencia de más alta moralidad.

Si de la primitiva masa amorfa, conforme lo cree ahora la ciencia humana, ha brotado á

¡Avés de lentas y maravillosas metamorfosis, nuestra alma pensadora y consciente, que, en sus aristocráticos delirios, ha olvidado su genealogía y no cree libre y dueña de su destino ¿por qué no hemos de tener fe en que la humanidad de ahora guarda latente el principio vital de la humanidad que mañana aparecerá radiante de las virtudes apenas bosquejadas al presente; colmada de las perfecciones conquistadas en una sin medida sucesión de luchas, y consolidadas á fuer de incesante selección? Todo el pasado presta atención á nuestras esperanzas del porvenir, y el Ideal nunca es más sublime ni más generoso á los esfuerzos humanos, que cuando arroja sus destellos límpidos desde las cumbres de la naturaleza, no veladas por las siniestras sombras de lo sobrenatural, y es concebido como la misma naturaleza que palpita en nosotros y en nuestro alrededor, llevada si al grado supremo de su eterno y necesario proceso de floración incesante. Si las quimeras de la fantasía (por más seductoras que se las haya forjado, siempre quimeras), han sido el Ideal de las esperanzas, el alimento de las almas, el pan de los espíritus durante generaciones y más generaciones ¿por qué no ha de cautivar las conciencias y despertar amor en los senos la realidad venidera, encarnación viva y consciente del superior grado de Belleza? ¡Oh almas soñadoras! quizá vuestra Musa no es hermana del divino Apolo si no sabe arrebatarse vuestro numen á la contemplación de las claridades con que mañana irradiará el espíritu del hombre, hoy todavía oscurecido con los rasgos de la animalidad pasada. ¡Oh espíritus ardientes, vasos vivos de entusiasmo! desbrozad las almas fieras, endulzad los pechos amargados,

anticipad en vosotros y en vuestros contornos el reinado omnipotente del amor futuro. Cantad, poetas, la epopeya de la naturaleza, cantad el poema de la vida, cantad, en heroicos versos, las luchas por la supervivencia; en solemnes elegías, la caída de los débiles y en rotundas estrofas, el triunfo de los fuertes. ¿Por qué os empeñáis en elevar himnos á lo imposible, á lo que nunca ha sido, á lo que jamás será, á lo infinitamente abominable, el aniquilamiento de la eternal materia, de cuyas reconditeces viene el genio que canta en vosotros, y en cuyos arcanos laberintos se elabora el pensamiento y la idea se fermenta, y tienen sus auroras matinales el amor y sus primeros eslabones la cadena del Deber? ¿Habéis, acaso, agotado la eternidad de la naturaleza pasada, la naturaleza eterna del porvenir y el inmenso misterio de la naturaleza presente, para que os atreváis á romper las vallas de lo humano? ¡Cuántos veneros de entusiasmo se pueden encontrar en esa lidia de las viejas y las nuevas envolturas de la sustancia, en esas luchas de las especies marchitas y las nacientes, en ese ir y venir de la vida universal, en esa eterna revelación de lo mejor! Almas ansiosas de Ideal, á fe de todos los siglos que á nuestra espalda quedan, os aseguro que la naturaleza que lleváis en el cáliz de vuestro sér, puede saciar los anhelos más profundos, porque todo nuestro amor es apenas un hacesillo del infinito amor de que puede ser objeto la naturaleza por venir, esa realidad profetizada en las fulguraciones del genio, presentida en las creaciones del arte y evocada por los sacrificios de la virtud. No desvanecemos el sentido de nuestra existencia encausándola hacia un ideal infinitamente leja-

no, inconcebiblemente grande, soberanamente absurdo para nosotros, invisibles átomos pobladores de una estrella apenas perceptible en la lumensidad del cosmos.

Mil desengaños ha traído la ciencia al orgullo humano. Creyó el hombre ser el centro y la corona del Universo, y resulta ser apenas un parásito de la tierra, nacido al felicísimo, aunque accidental encuentro de condiciones favorables al desarrollo de la vida; se supuso ser obra directa de Dios, hecho á imagen y semejanza suya, y no es sino, pese la verdad á quien pesare, un humilde infusorio perfeccionado á través de generaciones sin cuento; se juzgó libre y creador de sus actos y se halla dominado por los más pequeños resortes que, en su ignorancia despreciaba; creyó que el mundo interior de su conciencia había sido trazado según un plan divino, y en verdad es un imperfectísimo remedo del mecanismo de las cosas; se fue en pos de ideales superiores á la naturaleza, y sus efímeros esfuerzos bastan á lo más para labrar su verdadero fin: el desdoblamiento completo de su propia personalidad, la realización creciente de la idea plena del hombre.

Mas, para que nuestro Ideal sea un alimento nutritivo de las almas, un sustento asimilable á nuestra constitución y no una mentira y un ensueño es necesario que absorva su savia no sólo en las profundidades históricas, ni únicamente más atrás, en los senos recién iluminados de la prehistoria, sino más lejos aún, en los abismos maravillosos de la cronología de las especies (filogenia) y de las edades del mundo (geología). Nada podemos conseguir fuera de la naturaleza si no es el soporífero beleño de



las quimeras y el consiguiente desengaño, y sólo á fuerza de compenetrarnos del sentido de ella podemos llegar al goce de la vida más intensa. De aquí que, si debemos ser fuertes como individuos y como nación, si debemos ser grandes como conjunto de ciudadanos, porque así lo exigen las leyes de la vida y las necesidades de la existencia, es preciso que convirtamos en sustancia propia cuanta energía nos ofrecen los elementos vivos de los medios social y material, y que repelamos al mismo tiempo cuantos no hacen sino desvanecer las inteligencias en un estéril diletantismo, deslabazar las voluntades en la pereza, en deseos sin objeto, en fastidios sin causa, en invivibles proyectos; y entorpecer el funcionamiento de los órganos y el desarrollo de los miembros bajo el peso de estúpidas doctrinas.

Paremos nuestra vista en ese medio ambiente que acabo de mentar, el cual, aun siendo un producto de las ondulaciones de la vida, un residuo de las comunicaciones sociales, llega, no obstante, á ser, andando el tiempo, el molde de las almas que nacen en su seno, el cincel que graba en los espíritus el sello indeleble de la fuerza de las épocas; y las instituciones son, en este conjunto de productos y residuos, la nota más saliente, la más sugestionadora y la que más avanza en el dominar á las almas. Si, pues, queremos ir por los caminos de la vida, por las veredas del poderío, es preciso que volvamos las espaldas á aquellas instituciones de ideales carcomidos, abandonados por el espíritu del tiempo, tales como los institutos religiosos.

Ahí los véis: inspiran exclusivismo en esta atmósfera de solidaridad fraternal que so-

pta en todas partes; invocan el aislamiento en medio del cosmopolitismo que absorbe las almas para fundirles en la unidad de la familia humana; rémedan las viejas castas, cuando la igualdad se impone como precepto altamente racional; renuevan la esclavitud, al tiempo en que la única vida, la vida del bien y del mérito, es la vida de la libertad; mantiene fanática intolerancia, á la par que abre surco en las conciencias el mandamiento evangélico de la caridad; entorpecen nobles aspiraciones y embotan preciosas facultades, en un siglo cuyo ideal de educación es el desarrollo completo de todas las formas de la vida que encierra el individuo; consumen al hombre en el ocio y la inercia santificados, mientras la existencia toda es incesante trabajo y continua actividad; apagan los sentimientos de la patria, en momentos en que las nacionalidades reclaman más que nunca los afectos del corazón; y en tanto que las generaciones se levantan briosas en pos de ideales y conquistas, ellos desmedran los espíritus fuertes que caen bajo su aliento y engendran almas endebles y atascadas; y cuando el universo entero proclama, en todas partes, la lucha por la vida, por la luz, por el amor, ellos se entregan á la lucha por la muerte y las tinieblas.

La fuerza vital ó la degeneración de las instituciones determina la intensidad de la energía de los pueblos, y el presente de aquellas marca el porvenir de estos. Las congregaciones religiosas, que informan nuestra manera de ser, animadas al soplo del siglo XII, cuando la religión iluminaba á su modo los destinos sociales, van desmoronándose y cayendo al sepulcro

que la humanidad ha consagrado, en la historia, para las grandes instituciones que han llenado su misión. Si nosotros seguimos sus pasos, almentándolas de nuestra vida, cultivando sus tradiciones, empapándonos en sus hábitos no podemos ir á dar sino á la postración interior, á la insignificación internacional, á la servidumbre, ya que ¡vive la naturaleza! las nacionalidades no tienen tumba.

El carácter de los pueblos toma el tinte de las instituciones arraigadas en ellos; no está en el poder del hombre detener el raudo despliegue de las ideas en el mundo y la eficacia educatriz de los símbolos en que ellas se envuelven; el avance sugestionador de una idea se detiene tan sólo ante la virtud inexplicable de otra idea más intensa. De aquí, que las instituciones son, la escuela de las masas; en ellas se hace la educación profunda, sorda ó inconsciente de la conciencia popular, y la fuerza y el saber de ésta vienen de ellas. Institutos cuyo ideal ó cuya realidad es la vida contemplativa nutren á las multitudes de quimeras monacales; su obra de mutilación de las facultades, entumecimiento de las almas, anonadamiento de la naturaleza, y condenación implacable de la viva actividad del pensamiento; la patria y la vida de la tierra se evaporan ante una patria y una vida futuras, en eterna contradicción con las presentes; la existencia toda se pasa en la negación de la realidad, de lo evidente, de lo positivo; la conciencia se forma en no creer sino lo que no existe, no complacerse más que en fantasmas, no respetar sino la sombra, y no adorar más que la visión y lo falso; y los á-ni-mos, vivos aún, pierden el sentimiento de la vi-

da, de la patria, del trabajo y de la libertad, y con atorbellinados en la danza de los muertos.

La vida de contemplación ha pasado ya de los fastos de la humanidad, pero vive aún en los del pueblo ecuatoriano. Las naciones que marchan á la vanguardia del linaje racional, zupando los obstáculos y rompiendo las ligaduras del atavismo, allanando así la senda para los pueblos que los siguen, destituidos todavía de fuerza de iniciativa, esas naciones arrojaron, en ya lejano día, una protesta furibunda contra aquellos institutos que realizan del modo más afrentoso y cobarde la epopeya del egoísmo; esas naciones clamaron por boca de sus genios, diciendo: "Malditas sean las apologías que los ciegos intérpretes de la escritura han hecho tan imprudentemente de la vida contemplativa! ¡Malditas las falsas impresiones que una elocuencia fanática pueden aún producir en la juventud, después de haber extraviado y perturbado por tan largo tiempo la inteligencia humana" (1); esas naciones, después de maldecir y rechazar la herrumbre negruzca del pasado, pidieron al impulso del genio impersonal que habita, piensa y quiere en el seno de cada pueblo, una transformación al espíritu del progreso, y éste ha fundido almas nuevas y hecho brotar nuevos ideales en armonía con los clamores de los siglos; y esas naciones, vigorizadas con la renovación del espíritu, avanzan magestuosas hacia un porvenir de luz, nos señalan el camino, y nosotros no lo vemos; nos llaman, y no les oímos; nos extienden la mano, y no atinamos á

---

(1) Herder, Ideas sobre una filosofía de la historia de la humanidad.

recibirla, porque todavía estamos sentados en tinieblas, mascando el polvo de hosamentas desenterradas, y porque nuestros Solones y Licurgos están aún meciendo dulcemente su fantasía en las místicas visiones de una Teresa de Jesús ó de un Francisco de Asis.

Concluyo, señores, resumiendo mi pensamiento: sembremos en las almas la buena semilla, es decir, el nuevo concepto de la vida; pero al emprender esta luminosa tarea demos rienda suelta en nuestro pecho al más lozano aliento de férvida esperanza, y á la corriente de amor más arrebatada, candente y vigorosa que pueden reborbotar desde las ígneas honduras de nuestra alma, porque seguro es el triunfo del hombre de lo futuro sobre el hombre de lo pasado.

He dicho.



